

10. ENVIDIA Y GRATITUD ¹

(1957)

Durante muchos años me ha interesado el estudio de la temprana aparición de dos actitudes que siempre nos han sido familiares: envidia y gratitud. He llegado a la conclusión de que la envidia al atacar la más temprana de las relaciones —aquella que tenemos con la madre— es uno de los factores más poderosos de socavamiento, desde su raíz, de los sentimientos de amor y gratitud. La importancia fundamental de esta relación en toda la vida emocional del individuo ha sido sustanciada en un gran número de trabajos psicoanalíticos. Creo que al explorar aun más este factor particular que puede ser muy perturbador en un estadio temprano, he añadido algo de significación a mis hallazgos concernientes al desarrollo infantil y a la formación de la personalidad.

Considero que la envidia, siendo expresión oral-sádica y anal-sádica de impulsos destructivos, opera desde el comienzo de la vida y tiene base constitucional. Estas conclusiones tienen ciertos importantes elementos en común con el trabajo de Karl Abraham, pero implican, sin embargo, algunas diferencias. Abraham halló que la envidia es un rasgo oral, pero —y aquí es donde mis puntos de vista difieren de los suyos— presumió que la envidia y la hostilidad operan en un período posterior, el cual, de acuerdo con su hipótesis, constituye un

¹ Deseo expresar mi profunda gratitud hacia mi amiga Lola Brook, quien ha colaborado en la preparación de este libro (*Envidia y gratitud*) y de muchas otras de mis obras. Ella fue quien me ayudó en cada etapa del trabajo, formulando observaciones y críticas constructivas, con una comprensión poco usual. Agradezco también al doctor Elliott Jaques sus valiosas sugerencias, cuando el libro era tan sólo un manuscrito, y su posterior colaboración en las pruebas de galera. A la señorita Judith Fay, váya mi reconocimiento por el gran interés con que compuso el índice.

segundo estadio, el oral-sádico. Abraham no habló de la gratitud, pero describió la generosidad como una característica oral. Consideró los elementos anales como un importante componente de la envidia y enfatizó su derivación de los impulsos oral-sádicos.

Otro punto de acuerdo fundamental radica en la suposición de Abraham acerca de la **existencia de un elemento constitucional en la fuerza de los impulsos orales que ligó a la etiología de la psicosis maniaco-depresiva.**

Por sobre todo ambos trabajos, el de Abraham y el mío, han puesto de manifiesto el significado de los impulsos destructivos de un modo completo y más profundo. En "Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales", escrito en 1924, Abraham no mencionó la hipótesis de Freud sobre los instintos de vida y muerte, aun cuando *Más allá del principio de placer* fuera publicado cuatro años antes. Sin embargo, en su libro Abraham exploró las raíces de los impulsos destructivos y aplicó este conocimiento a la etiología de los trastornos mentales de una manera más específica de lo que había sido hecho hasta entonces. Mi impresión es que cuando él no había usado el concepto de Freud sobre los instintos de vida y muerte, su trabajo clínico, y en particular el tratamiento de los primeros pacientes maniaco-depresivos analizados, estaba basado en una comprensión tal, que sin duda lo llevaba en esa dirección. Supongo que la temprana muerte de Abraham impidió que éste llegase a vislumbrar la inferencia total de su hallazgo y su conexión esencial con el descubrimiento de Freud en lo que a los dos instintos se refiere.

Al publicar *Envidia y gratitud*, a tres décadas de la muerte de Abraham, es para mí un motivo de gran satisfacción el hecho de que mi trabajo contribuya al conocimiento creciente del significado total de sus descubrimientos.

I

Mi propósito en este libro es el de agregar nuevas sugerencias en lo concerniente a la más temprana vida emocional del niño y obtener también conclusiones acerca de la edad adulta y la salud mental. Algo inherente en los descubrimientos de Freud es que la exploración del pasado de un paciente, de su infancia y su inconsciente es una precondition para comprender su personalidad adulta. Freud descubrió el complejo de Edipo en el adulto y partiendo de aquél reconstruyó no sólo sus detalles, sino también su ubicación en el tiempo. Los hallazgos de Abraham han significado un aporte considerable a ese punto de vista, que se ha convertido en característico del método psicoanalítico. Debemos asimismo recordar que de acuerdo con Freud, la parte consciente de la mente se desarrolla a partir del inconsciente. Por lo tanto, al seguir hasta la temprana infancia el ma-

terial que en primer término encontré en el análisis de niños pequeños y luego, en el de adultos, usé un procedimiento que ahora es familiar al psicoanálisis. Lo observado en niños pequeños pronto confirmó los hallazgos de Freud. Creo que algunas de las conclusiones a que llegué con respecto a un período muy precoz, los primeros años de vida, pueden ser confirmadas también hasta cierto punto, por la observación. El derecho —la necesidad por cierto— de reconstruir detalles y datos acerca de etapas anteriores desde el material presentado por nuestros pacientes, es descrito por Freud del modo más convincente en el siguiente pasaje: "Lo que buscamos es un cuadro fidedigno y esencialmente completo de 10 años olvidados del paciente... Su labor [la del analista] de construcción o, si se prefiere, de reconstrucción, se asemeja en gran parte a la del arqueólogo que excava una casa o un edificio destruidos y soterrados. Ambos procesos son en realidad idénticos, salvo que el analista opera en condiciones más favorables y tiene a su disposición más material auxiliar, dado que sus esfuerzos no se concentran en un objeto destruido, sino en algo todavía vivo, y quizá lo favorezca asimismo otra razón que ya consideraremos. Con todo, así como el arqueólogo levanta las paredes del edificio partiendo de restos de mampostería, determina el número y posición de las columnas por las depresiones del piso y reconstruye las decoraciones y pinturas murales con los restos hallados entre los escombros, exactamente de la misma manera procede el analista cuando extrae sus inferencias de los fragmentos de recuerdos, de las asociaciones y de las manifestaciones activas que le ofrece el analizado. Ambos ejercen el derecho indisputable de reconstruir algo por medio de la complementación y la combinación de los residuos conservados. Ambos se hallan expuestos, también, a idénticas dificultades y a las mismas fuentes de error. Hemos dicho que el analista trabaja en condiciones más favorables que el arqueólogo, porque dispone también de un material que no tiene símil alguno en las excavaciones, como, por ejemplo, la repetición de reacciones que datan de la infancia y todo lo que en relación con tales repeticiones emerge a través de la transferencia... Todo lo esencial se ha conservado; aun aquellas cosas que parecen completamente olvidadas, subsisten de alguna manera y en alguna parte, hallándose sólo soterradas e inaccesibles al individuo. En efecto: cabe dudar, como sabemos, que ninguna formación psíquica pueda llegar jamás a ser totalmente destruida. Sólo depende de la técnica analítica el que logremos traer plenamente a la luz lo que se halla oculto."²

La experiencia me ha enseñado que la complejidad de la personalidad en su completo desarrollo sólo puede ser comprendida si logramos conocer la mente del bebé y seguimos su desarrollo en la vida posterior. Es decir, que el análisis hace su camino desde la edad adulta a la infancia y a través de etapas intermedias vuelve a la edad adul-

² "Construcciones en el análisis", O.C., 23.

ta, en un movimiento recurrente de una a otra, de acuerdo con la situación transferencial predominante.

A lo largo de mi trabajo he atribuido importancia fundamental a la primera relación de objeto del niño pequeño —la relación con el pecho y con la madre— y he llegado a la conclusión de que si este objeto primario que es introyectado se arraiga en el yo con relativa seguridad, está dada entonces la base para un desarrollo satisfactorio. Hay factores innatos que contribuyen a este vínculo. Bajo el dominio de los impulsos orales, el pecho es instintivamente percibido como la fuente de alimento y por lo tanto, en un sentido más profundo, como origen de la vida misma. Esta íntima unión física y mental con el pecho gratificador restaura en cierta medida —si todo marcha favorablemente— la perdida unidad prenatal con la madre y el sentimiento de seguridad que la acompaña. Esto depende en gran parte de la capacidad del niño pequeño para catectizar suficientemente el pecho o su representante simbólico, la mamadera. De esta manera la madre es convertida en un objeto amado. Puede muy bien ser que el haber formado parte de la madre en el período prenatal, contribuya al sentimiento innato del lactante de que fuera de él mismo existe algo que le dará todo lo que necesita y desea. El pecho bueno es admitido y llega a ser parte del yo, de modo que el niño, que antes estaba dentro de la madre, tiene ahora a la madre dentro de sí.

Si bien el estado prenatal implica sin duda un sentimiento de unidad y seguridad, que este estado no sea perturbado dependerá de la condición psicológica y física de la madre y posiblemente de ciertos factores fetales aún inexplorados. Podríamos por lo tanto considerar en parte el anhelo universal por ese estado prenatal como una expresión del impulso a la idealización. Si lo investigamos teniendo en cuenta la idealización, hallamos que una de sus fuentes es la fuerte ansiedad persecutoria que surge como consecuencia del nacimiento. Cabría pues suponer que esta primera forma de ansiedad posiblemente se agrega a las experiencias desagradables del feto y que junto con el sentimiento de seguridad en el útero ellas anuncian la doble relación con la madre: el pecho bueno y el malo.

Las circunstancias externas desempeñan un papel fundamental en la relación inicial con el pecho. Si el nacimiento ha sido dificultoso y sobre todo si existieron complicaciones tales como la falta de oxígeno, ocurre entonces una perturbación en la adaptación al mundo externo y la relación con el pecho se inicia en forma desventajosa. En casos como éstos el niño queda menoscabado en su capacidad de experimentar nuevas fuentes de gratificación y por lo tanto no puede internalizar suficientemente un objeto primario realmente bueno. Además, si el niño goza o no de alimentación adecuada y cuidados maternos, si la madre goza ampliamente con el cuidado del niño o sufre ansiedad y tiene dificultades psicológicas con la alimentación, todos estos factores influyen en la capacidad del niño para aceptar la leche con placer e internalizar el pecho bueno.

El elemento de frustración por parte del pecho entra obligatoriamente en la relación más temprana del bebé con aquél, porque aun una alimentación feliz no puede reemplazar del todo la unidad prenatal con la madre. Asimismo, el anhelo del niño por un pecho inagotable y siempre presente, de ningún modo se origina sólo en los deseos libidinales y la necesidad vehemente del alimento. El impulso por obtener evidencias constantes del amor de la madre, aun en las épocas más tempranas, tiene su raíz fundamental en la ansiedad. La lucha entre los instintos de vida y muerte y la consiguiente amenaza de aniquilación de sí mismo y del objeto por los impulsos destructivos, son factores esenciales en la relación inicial del niño con su madre. Sus deseos implican el anhelo de que el pecho, y luego la madre, supriman estos impulsos destructivos y el dolor de la ansiedad persecutoria.

Junto con las experiencias felices, las aflicciones inevitables refuerzan el conflicto entre amor y odio —básicamente entre los instintos de vida y muerte— dando como resultado el sentimiento de que existen un pecho bueno y uno malo. Como consecuencia, la primitiva vida emocional se ve caracterizada por una sensación de pérdida y recuperación del objeto bueno. Al hablar de un conflicto innato entre amor y odio, está implícito que la capacidad para amar y los impulsos destructivos son en cierta extensión constitucionales, aunque variando individualmente en su fuerza e interactuando desde el comienzo con las condiciones externas.

He mencionado en forma repetida la hipótesis de que el objeto bueno primario, el pecho de la madre, forma el núcleo del yo y contribuye vitalmente a su crecimiento, habiendo además descrito en varias oportunidades cómo el niño siente que internaliza el pecho y la leche en una forma concreta. Existe, asimismo en su mente, alguna conexión indefinida entre el pecho y otras partes y aspectos de la madre.

Yo no presumiría que el pecho es meramente un objeto físico para el niño. La totalidad de sus deseos instintivos y fantasías inconscientes infunden al pecho cualidades que van mucho más allá del alimento real que proporciona.³

En el análisis de nuestros pacientes hallamos que el pecho, en su

³ Todo esto es percibido por el niño de un modo mucho más primitivo de lo que el lenguaje puede expresar. Cuando estas emociones y fantasías preverbales son revividas en la situación transferencial, aparecen los "recuerdos en sentimientos", como yo los llamaría, y son reconstruidos y puestos en palabras con la ayuda del analista. De la misma manera, debemos usar palabras cuando reconstruimos y describimos otros fenómenos pertenecientes a los estadios tempranos del desarrollo. De hecho no podemos traducir el lenguaje del inconsciente a la conciencia sin prestarle palabras de nuestro dominio consciente.

aspecto bueno, es el prototipo de la bondad, la paciencia y generosidad materna inagotables así como el de la facultad creadora. Son estas fantasías y necesidades instintivas las que tanto enriquecen al objeto primario, de modo que éste permanece como fundamento de la esperanza, la confianza y la creencia en la bondad.

Este libro trata un aspecto particular de las primitivas relaciones de objeto y los procesos de internalización, cuya raíz está en la oralidad. Me refiero a los efectos de la envidia sobre el desarrollo de la capacidad para la gratitud y la felicidad. La envidia contribuye a las dificultades del bebé en la estructuración de un objeto bueno, porque él siente que la gratificación de la que fue privado ha quedado retenida en el pecho que lo frustró.⁴

Entre la envidia, los celos y la voracidad debe hacerse una distinción. La envidia es el sentimiento enojoso contra otra persona que posee o goza de algo deseable, siendo el impulso envidioso el de quitárselo o dañarlo. Además la envidia implica la relación del sujeto con una sola persona y se remonta a la relación más temprana y exclusiva con la madre. Los celos están basados sobre la envidia, pero comprenden una relación de por lo menos dos personas y concierne principalmente al amor que el sujeto siente que le es debido y le ha sido quitado, o está en peligro de serlo, por su rival.

En la concepción corriente de los celos, un hombre o una mujer se sienten privados por alguien de la persona amada.

La voracidad es un deseo vehemente, impetuoso e insaciable y que excede lo que el sujeto necesita y lo que el objeto es capaz y está dispuesto a dar. En el nivel inconsciente, la finalidad primordial de la voracidad es vaciar por completo, chupar hasta secar y devorar el pecho; es decir, su propósito es la introyección destructiva. La envidia, en cambio, no sólo busca robar de este modo, sino también colocar en la madre, y especialmente en su pecho, maldad, excrementos y partes malas de sí mismo con el fin de dañarla y destruirla. En el sentido más profundo esto significa destruir su capacidad creadora. Este proceso, derivado de impulsos uretral y anal-sádicos, ha sido

⁴ En algunas de mis publicaciones — *El psicoanálisis de niños*, “Estadios tempranos del conflicto edípico” (1928) y “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé” (1952c)— me he referido a la envidia proveniente de fuentes oral, uretral y anal-sádicas durante los estadios más tempranos del complejo de Edipo, y la he conectado con el deseo de dañar las posesiones de la madre, en particular el pene del padre que ella contiene según la fantasía infantil. Ya en mi trabajo “Neurosis obsesiva en una niña de 6 años”, que fue leído en 1924 pero no publicado hasta que apareció en *El psicoanálisis de niños*, la envidia ligada a los ataques oral, uretral y anal-sádicos contra el cuerpo de la madre tenía un rol prominente. Pero no había relacionado en forma específica esta envidia con el deseo de quitar y dañar los pechos de la madre, a pesar de haberme acercado mucho a tales conclusiones. En mi trabajo “Sobre la identificación” (1955b), señalé la envidia como un factor muy importante en la identificación proyectiva. Incluso en *El psicoanálisis de niños* sugerí que no sólo las tendencias oral-sádicas sino también las uretral y anal-sádicas operan ya en niños muy pequeños.

definido⁵ por mí en otra parte como un aspecto destructivo de la identificación proyectiva que parte desde el comienzo de la vida.⁶ Si bien no puede ser trazada una rígida línea divisoria por encontrarse tan estrechamente ligadas, la diferencia esencial entre voracidad y envidia sería que la voracidad está principalmente conectada con la introyección, en tanto que la envidia lo está con la proyección.

Según el *Shorter Oxford Dictionary*, los celos significan que alguien ha tomado, o recibido “lo bueno” que por derecho pertenece al individuo. En este sentido yo interpretaría “lo bueno”, básicamente como el pecho bueno, la madre, una persona amada, que alguien ha quitado. Conforme a los *English Synonyms* de Crabb, “...Los celos temen perder lo que se tiene; la envidia se duele al ver que otro tiene aquello que se quiere para uno mismo... El hombre envidioso se molesta ante la satisfacción ajena. Solamente se siente tranquilo al contemplar la miseria de otros. Por lo tanto es estéril todo empeño en satisfacer un hombre envidioso”. Los celos, según Crabb, son “una pasión noble e innoble según el objeto. En el primer caso, es emulación agudizada por el miedo. En el segundo, es la voracidad estimulada por el miedo. La envidia es siempre una pasión baja, que arrastra tras sí las peores pasiones.”

La actitud general hacia los celos difiere de la que se tiene con respecto a la envidia. En algunos países (particularmente en Francia) el asesinato impulsado por los celos lleva a una sentencia menos severa. La razón de esta distinción puede hallarse en el sentimiento universal de que el asesinato de un rival puede denotar amor por la persona infiel. Esto significa, en los términos antes discutidos, que el amor por “lo bueno” existe y que el objeto amado no está dañado y deteriorado como lo hubiera sido por la envidia.

El *Otelo* de Shakespeare destruye en sus celos al objeto que ama; esto, según mi punto de vista, es característico de lo que Crabb describió como la “innoble pasión de los celos”, es decir, la voracidad estimulada por el miedo. En la misma obra hay una referencia significativa a los celos como cualidad esencial de la mente: “Los celos no se satisfacen con esa respuesta; no necesitan ningún motivo. Los hombres son celosos porque son celosos. Los celos son monstruos que nacen y se alimentan de sí mismos.”

Podría decirse que la persona muy envidiosa es insaciable. Nunca puede quedar satisfecha, porque su envidia proviene de su interior y por eso siempre encuentra un objeto en quien centrarse. También es

⁵ “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides” (1946).

⁶ El doctor Elliott Jaques ha llamado mi atención sobre la raíz etimológica de la envidia (en latín *invidia*), que proviene del verbo *invideo*: mirar con recelo a, mirar maliciosa o rencorosamente dentro de, dirigir una mirada maligna sobre, envidiar algo. En la frase de Cicerón se le da un uso primitivo cuya traducción es: “producir el infortunio por su ojo maligno”. Esto confirma la diferenciación que hice entre envidia y voracidad, poniendo énfasis en el carácter proyectivo de la envidia.

to indica la estrecha conexión entre los celos, la voracidad y la envidia.

Shakespeare no siempre parece diferenciar la envidia de los celos; las siguientes líneas de *Otelo* muestran en forma total el significado de la envidia en el sentido que yo he definido aquí: "Oh, Señor, guardaos de los celos; son el dragón de ojos verdes que aborrece el alimento que lo nutre..."

Con esto recordamos el dicho "morder la mano que lo alimenta", que es casi sinónimo de morder, destruir y deteriorar el pecho.

II

Mi trabajo me enseñó que el primer objeto envidiado es el pecho nutritivo.⁷ El bebé siente que aquél posee todo lo que él desea y además un fluir ilimitado de leche y amor, que es retenido para su propia gratificación. Este sentimiento se suma a la sensación de agravio y odio, y da como resultado disturbios en la relación con la madre. Si la envidia es excesiva, a mi modo de ver esto indica que los rasgos paranoides y esquizoides son anormalmente fuertes; en tal caso el niño puede ser considerado enfermo.

En este capítulo me refiero a la envidia primaria del pecho de la madre y esto deberá diferenciarse de sus formas posteriores (involucradas en el deseo de la niña de tomar el lugar de su madre y en la posición femenina del varón), en las que la envidia ya no se centraliza en el pecho sino en la madre recibiendo el pene del padre, teniendo bebés dentro de ella, dándolos a luz y siendo capaz de amamentarlos.

Frecuentemente he dicho que los ataques sádicos contra el pecho de la madre son determinados por los impulsos destructivos. Deseo añadir aquí que la envidia da particular ímpetu a tales ataques. Esto significa que al referirme al voraz vaciamiento del pecho y cuerpo de la madre, a la destrucción de sus niños y a la colocación de excrementos malos dentro de ella⁸ esbozaba lo que más tarde llegué a reconocer como el daño del objeto ocasionado por la envidia.

Si consideramos que la privación aumenta la voracidad y la ansiedad persecutoria, y que en la mente del niño existe la fantasía de un pecho inagotable que es su mayor deseo, se hace comprensible que la envidia surja aun cuando esté adecuadamente alimentado. Los sentimientos del niño parecen ser de tal naturaleza, que al fallarle el pecho éste se convierte en malo porque guarda para sí la

⁷ Joan Rivière (1932) relacionó la envidia en las mujeres con el deseo infantil de robar los pechos de la madre y dañarlos. Según sus hallazgos, los celos tienen su raíz en esta envidia primaria. Su trabajo contiene interesante material ilustrativo de tales puntos de vista.

⁸ Véase mi libro *El psicoanálisis de niños*, donde estos conceptos tienen cabida en relación con diversas cuestiones.

leche, el amor y el cuidado que estaban asociados con el pecho bueno. El niño odia y envidia lo que siente como un pecho mezquino y que se da de mal grado.

Tal vez es más comprensible que el pecho satisfactorio también sea envidiado. La misma facilidad con que la leche fluye —aunque el bebé se sienta gratificado por ello— siendo un don al parecer tan inasequible, crea asimismo la envidia.

Esta envidia primitiva es revivida en la situación transferencial. Por ejemplo: el analista acaba de dar una interpretación que alivió al paciente trocando su estado de ánimo de desesperación por esperanza y confianza. Con algunos pacientes, o con un mismo paciente en distintos momentos, esta interpretación útil puede convertirse rápidamente en el objeto de sus críticas destructivas. Ya no es sentida entonces como algo bueno recibido y experimentado como un enriquecimiento. Su crítica puede aferrarse a detalles menores: la interpretación debía haber sido dada antes; fue demasiado larga, y ha perturbado las asociaciones del paciente; o fue demasiado corta y esto implica que él no ha sido suficientemente comprendido. El paciente envidioso escatima al analista el éxito de su trabajo; y si percibe que el analista y la ayuda que éste está dando han sido dañados y desvalorizados por su crítica envidiosa, no lo puede introyectar suficientemente como un objeto bueno ni aceptar con real convicción y asimilar sus interpretaciones. La convicción real, como a menudo vemos en pacientes menos envidiosos, implica gratitud por el don recibido. El paciente envidioso también puede sentir que no es digno de beneficiarse con el análisis, debido a la culpa por su desvalorización de la ayuda recibida.

Como es obvio, nuestros pacientes nos critican por una variedad de razones, algunas de ellas justificadas. Pero la necesidad que siente un paciente de desvalorizar el trabajo analítico que ha experimentado como útil, es expresión de envidia. En la transferencia descubrimos la raíz de envidia si las situaciones emocionales que encontramos en estadios tempranos son rastreadas hasta su más primitivo origen. La crítica destructiva es particularmente evidente en pacientes paranoides que se entregan al placer sádico de menospreciar el trabajo del analista, aun cuando les haya reportado algún alivio. En estos pacientes la crítica envidiosa es abierta. En otros puede desempeñar un papel de igual importancia, pero queda sin expresión y hasta puede ser inconsciente. A través de mi experiencia, el progreso lento que hacemos en tales casos está conectado asimismo con la envidia. Hallaremos que sus dudas e incertidumbres persisten con respecto al valor del análisis. Lo que ocurre es que el paciente ha disociado su parte envidiosa y hostil y presenta constantemente al analista otros aspectos que le parecen más aceptables. Sin embargo, las partes disociadas influyen esencialmente en el curso del análisis, que finalmente sólo puede ser efectivo si logra la integración y se relaciona con la personalidad total. Otros pacientes tratan de evitar la crítica confun-

diéndose. Esta confusión no sólo es una defensa, sino que también expresa la incertidumbre con respecto a si el analista es todavía una figura buena, o si él y la ayuda que está dando se han vuelto malos debido a la crítica hostil del paciente. Yo remontaría esta incertidumbre hasta las sensaciones de confusión que son una de las consecuencias de la perturbada relación temprana con el pecho materno. El niño que debido a la fuerza de los mecanismos paranoides y esquizoides y al ímpetu de la envidia no puede dividir y mantener separados amor y odio, y por lo tanto al objeto bueno y malo, está expuesto a sentirse confundido con respecto a lo que es bueno y malo en otras situaciones.

De manera que, además de los factores señalados por Freud (1923b) y desarrollados por Joan Rivière (1936), la envidia y la defensa contra ella desempeñan un papel importante en la reacción terapéutica negativa.

Y es que la envidia y las actitudes a que da lugar, interfieren con la gradual formación del objeto bueno en la situación transferencial. Si el alimento y el objeto primario buenos no pudieron ser aceptados y asimilados en el estadio más temprano, esto se repite en la transferencia, perjudicando el curso del análisis.

En el contexto del material analítico pueden reconstruirse a través de la elaboración de situaciones anteriores, los sentimientos que el paciente tenía hacia el pecho de la madre cuando era lactante. Por ejemplo, el bebé puede quejarse porque la leche fluye demasiado rápido o demasiado lento;⁹ o porque el pecho no le fue dado cuando más intensamente lo deseaba y es por ello que cuando le es ofrecido ya no lo quiere. Se aleja de aquél y en cambio se chupa el dedo. Cuando acepta el pecho puede no tomar lo suficiente, o ser perturbada la alimentación. Algunos niños tienen, evidentemente, grandes dificultades para superar tales motivos de disgusto. Otros, en cambio, los superan rápidamente a pesar de estar estos sentimientos basados en frustraciones reales; el pecho es aceptado y la mamada disfrutada por completo. En el análisis encontramos que los pacientes que dicen haber tomado su alimento satisfactoriamente sin mostrar signos evidentes de las actitudes descritas, han disociado sus quejas, envidia y odio que sin embargo, con todo, forman parte de su desarrollo caracterológico. Dichos procesos se hacen muy claros en la situación de transferencia. El deseo original de complacer a la madre, el anhelo de ser amado, así como la necesidad urgente de ser protegido contra las consecuencias de los propios impulsos destructivos, pueden ser hallados en el análisis como subyacentes a la cooperación de aquellos

⁹ De hecho el bebé puede haber recibido muy poca leche, no haberla recibido en el momento en que más la necesitaba, o no haberla obtenido de manera correcta, por ejemplo: la leche le llegó demasiado rápido o demasiado despacio. El modo en que el bebé fue sostenido en brazos, si estaba cómodo o no, la actitud de la madre hacia la alimentación, su placer o su angustia por ella, ya sea que le fuese dada la mamadera o el pecho, todos estos factores son de gran importancia en cada caso.

pacientes cuya envidia y odio están disociados, pero que forman parte de la reacción terapéutica negativa.

A menudo me he referido al deseo del bebé de tener un pecho inagotable, siempre presente. Pero como fue sugerido anteriormente, no es sólo alimento lo que desea: quiere ser liberado también de los impulsos destructivos y de la ansiedad persecutoria. Esta sensación de que la madre es omnipotente y de que a ella le toca impedir todo dolor y todo mal provenientes de fuentes internas, también se encuentra en el análisis de adultos. De paso diría que los cambios favorables producidos en los últimos años en lo que respecta a la alimentación de los niños, contrastando con el modo más bien rígido de alimentarlos según horario, no pueden impedir del todo las dificultades del bebé, pues la madre no consigue eliminar sus impulsos destructivos y ansiedades persecutorias. Existe otro punto a considerar. Una actitud demasiado ansiosa de parte de la madre al proporcionar de inmediato el alimento todas las veces que el niño llora es poco beneficiosa para él. El bebé siente la ansiedad de la madre y con ello aumenta la suya propia. También he oído a los adultos quejarse de que no se les había permitido llorar lo suficiente y no haber podido así expresar ansiedad y pena (por lo tanto obtener alivio). De modo que ni los impulsos agresivos ni las ansiedades depresivas pudieron en estos casos encontrar suficiente salida. Resulta de interés señalar que entre los factores subyacentes a la psicosis maniaco-depresiva, Abraham menciona a ambas: la frustración y la indulgencia excesivas.¹⁰ La frustración, si no es excesiva, es también un estímulo para la adaptación al mundo externo y el desarrollo del sentido de realidad. De hecho, cierta cantidad de frustración seguida de gratificación podría dar al bebé el sentimiento de que ha sido capaz de hacer frente a su ansiedad. También sus deseos incumplidos —que hasta cierto punto son imposibles de satisfacer— son un factor importante que contribuye a sus sublimaciones y actividades creadoras. La ausencia de conflicto en el niño, si tal estado hipotético pudiera ser imaginado, lo privaría del enriquecimiento de su personalidad y de un factor importante en el fortalecimiento de su yo. El conflicto y la necesidad de superarlo constituyen un elemento fundamental en la facultad creadora.

Del argumento de que la envidia arruina el objeto primario bueno dando ímpetu adicional a los ataques sádicos contra el pecho surgen conclusiones adicionales. El pecho así atacado ha perdido su valor y se ha convertido en malo al ser mordido y envenenado por la orina y las materias fecales. La envidia excesiva aumenta la intensidad y duración de tales ataques, haciendo de este modo más difícil para el bebé la recuperación del objeto bueno perdido. En tanto, los

¹⁰ "Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales" (1924b).

ataques sádicos contra el pecho menos determinados por la envidia, pasan más rápidamente y por consiguiente no destruyen en la mente del niño pequeño la bondad del objeto en forma tan acentuada y duradera: el pecho que vuelve y que puede ser gozado es sentido como una evidencia de que no está dañado y todavía es bueno.¹¹

El hecho de que la envidia dañe la capacidad de gozar explica hasta cierto punto la razón de su persistencia.¹² Porque son el "goce" y la "gratitud" originados por el pecho los que mitigan los impulsos destructivos, la envidia y la voracidad. Observado desde otro ángulo: la voracidad, la envidia y la ansiedad persecutoria, que se hallan ligadas entre sí, se incrementan inevitablemente. El sentimiento del daño causado por la envidia, la gran ansiedad que proviene de esto, y la resultante incertidumbre acerca de la bondad del objeto, tienen por efecto aumentar la voracidad y los impulsos destructivos. Siempre que el objeto sea, después de todo, sentido como bueno, tanto más vorazmente es deseado e incorporado. Esto se aplica asimismo al alimento. En el análisis hallamos que cuando un paciente está en duda con respecto a su objeto, y por lo tanto también con respecto al valor del analista y del análisis, puede adherirse a cualquier interpretación que alivie su angustia, y tiende a prolongar la sesión porque quiere incorporar la mayor cantidad posible de lo que en ese momento siente como bueno. (Algunas personas temen a tal punto su voracidad que se preocupan especialmente por irse a tiempo.)

Las dudas con respecto a la posesión del objeto bueno y la correspondiente incertidumbre acerca de los propios sentimientos buenos contribuyen asimismo a la formación de identificaciones voraces e indiscriminadas. Esas personas son fácilmente influidas porque no pueden confiar en su propio juicio.

Contrastando con el bebé que a causa de su envidia no ha logrado estructurar con seguridad un objeto interno bueno, el niño con una fuerte capacidad para el amor y la gratitud tiene una relación profundamente arraigada con su objeto bueno y puede resistir estados temporarios de envidia, odio y sensación de perjuicio sin ser fundamentalmente dañado. Esos estados surgen aun en niños que son amados y reciben buenos cuidados maternos. De este modo, cuando los estados negativos son pasajeros el objeto bueno es recuperado una y otra vez. Este es un factor esencial para su consolidación y crea el cimiento de un yo fuerte y la estabilidad.

¹¹ La observación de los bebés nos muestra algo de estas actitudes inconscientes subyacentes. Como antes he dicho, algunos bebés que han estado gritando con rabia parecen bastante felices poco después de comenzar a mamar. Esto significa que han perdido temporariamente su objeto bueno para recuperarlo luego. Con otros bebés, la queja y ansiedad persistentes —aun cuando por el momento se hallan disminuidas por la mamada— pueden ser inferidas por observadores cuidadosos.

¹² Resulta claro que la privación, la alimentación insatisfactoria y las circunstancias desfavorables intensifican la envidia porque perturban la plena gratificación, creándose así un círculo vicioso.

En el curso del desarrollo, la relación con el pecho de la madre se convierte en el fundamento de la devoción hacia personas, valores y causas. Así es asimilado algo del amor que originalmente fue experimentado hacia el objeto primario.

El sentimiento de gratitud es uno de los más importantes derivados de la capacidad para amar. La gratitud es esencial en la estructuración de la relación con el objeto bueno, hallándose también subyacente a la apreciación de la bondad en otros y en uno mismo. Su raíz hallase en las emociones y actitudes que surgen en las épocas más tempranas de la infancia, cuando la madre es el solo y único objeto para el bebé. Me he referido a este vínculo¹³ temprano como base para todas las relaciones posteriores con una persona amada. En tanto que la relación exclusiva con la madre varía individualmente en duración e intensidad, creo que esta relación existe hasta cierto punto en la mayoría de las personas. Hasta dónde permanece imperturbada depende en parte de las circunstancias externas. Pero los factores internos subyacentes —sobre todo la capacidad de amar— parecen ser innatos. En un estadio temprano los impulsos destructivos, especialmente la envidia marcada, pueden perturbar este vínculo con la madre. Si la envidia del pecho nutricional es fuerte, interfiere con la gratificación plena porque, como ya lo he dicho, lo característico de la envidia es que implique robar y dañar aquello que el objeto posee.

El bebé sólo puede experimentar una satisfacción plena si está suficientemente desarrollada la capacidad de amar, y a su vez, la satisfacción es la base de la gratitud. Freud (1905a) describió la felicidad del bebé al ser amamantado como el prototipo de la gratificación sexual. A mi modo de ver, estas experiencias constituyen no sólo la base de la gratificación sexual sino de toda felicidad posterior, y hacen posible el sentimiento de unidad con otra persona. Esta unidad significa ser plenamente comprendido, hecho que es esencial en toda amistad o relación amorosa feliz. En las mejores circunstancias esta comprensión no necesita palabras para ser expresada, lo cual demuestra su derivación de la más temprana intimidad con la madre en el estadio preverbal. La capacidad de gozar plenamente de la primera relación con el pecho constituye el fundamento para la experimentación de placer proveniente de otros orígenes.

Si la satisfacción de ser alimentado sin perturbaciones es vivida con frecuencia, la introyección del pecho bueno se produce con relativa seguridad. La gratificación plena al mamar significa que el bebé siente haber recibido de su objeto amado un don incomparable que quiere conservar: he aquí la base para la gratitud. Esta se halla estrechamente enlazada con la creencia en figuras buenas. Esto incluye en primer término la capacidad de aceptar y asimilar el objeto primario amado (no sólo como fuente de alimento) sin que la voracidad y la envidia interfieran demasiado, ya que la internalización

¹³ Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952c).

voraz perturba la relación con el objeto. El individuo siente que lo controla y agota y, por lo tanto, lo daña. En cambio, en una buena relación con el objeto interno y externo predomina el deseo de refrescarse y preservarlo. En relación con otro tópico¹⁴ he descrito el proceso subyacente a la confianza en el pecho bueno como derivado de la capacidad del bebé para invertir con libido el primer objeto externo. De esta manera se establece un objeto bueno¹⁵ que ama y protege al individuo, siendo a su vez amado y protegido por éste. Aquí es donde se halla el fundamento de la creencia en la propia bondad.

Cuanto con mayor frecuencia se experimenta y acepta con plenitud la gratificación en el acto de mamar, tanto más a menudo son sentidos el goce y la gratitud en el nivel más profundo, desempeñando un papel importante en toda sublimación y en la capacidad de reparar. Por medio de los procesos de proyección e introyección, mediante una abundancia interna que se da y es reintroyectada, el yo se enriquece y profundiza. De este modo se restablece una y otra vez la posesión de un objeto interno provechoso, con lo que la gratitud puede ponerse de lleno en acción.

La gratitud está estrechamente ligada a la generosidad. La riqueza interna deriva de haber asimilado el objeto bueno, de modo que el individuo se hace capaz de compartir sus dones con otros. Así es posible introyectar un mundo externo más propicio, y como consecuencia se crea una sensación de enriquecimiento. Aun cuando la generosidad es con frecuencia insuficientemente apreciada, esto no necesariamente socava la capacidad de dar. Por el contrario, en aquellos en quienes este sentimiento de riqueza y fuerza internas no está establecido de manera suficiente, los arranques de generosidad son a menudo seguidos de una necesidad exagerada de ser apreciados y agradecidos, y por consiguiente presentan la ansiedad persecutoria de haber sido robados y empobrecidos.

Una gran envidia hacia el pecho nutricio interfiere con la capacidad para el goce pleno, socavando así el desarrollo de la gratitud. Existen razones psicológicas muy apropiadas que explican por qué la envidia se halla entre los siete "pecados mortales". Yo sugerí asimismo que inconscientemente es percibida como el mayor pecado de todos porque ataca y daña al objeto bueno, que es fuente de vida. Este punto de vista es coincidente con el descrito por Chaucer en *The Parson's Tale* [El relato del párroco]: "Es cierto que la envidia es el peor pecado que existe, pues todos los demás pecados lo son sólo contra una virtud, en tanto que la envidia es un pecado contra toda virtud y toda bondad". El sentimiento de haber dañado y destruido el objeto primario menoscaba la confianza del individuo en la sinceridad de

¹⁴ "Observando la conducta de bebés" (1952d).

¹⁵ Véase también el concepto de Donald Winnicott sobre el "pecho ilusorio" y su punto de vista de que en el comienzo los objetos son creados por el individuo ("Psychoses and Child Care", 1953).

sus relaciones posteriores y le hace dudar de su propia capacidad para amar y ser bondadoso.

Con frecuencia encontramos expresiones de gratitud que resultan estar impulsadas más especialmente por sentimientos de culpa que por la capacidad de amar. Pienso que es importante distinguir en su nivel más profundo entre la gratitud y tales sentimientos de culpa. Esto no significa descartar algún elemento de culpa en el sentimiento de gratitud más genuino.

Mis observaciones me demostraron que los cambios significativos del carácter que de cerca se revelan como deterioro, ocurren con mayor probabilidad en aquellos que no han establecido su primer objeto con seguridad y no son capaces de mantener su gratitud hacia él. Cuando por razones internas o externas la ansiedad persecutoria aumenta, ellos pierden por completo su objeto primario bueno, o más bien sus sustitutos, ya sean personas o valores. Los procesos subyacentes a este cambio son un retorno regresivo a los mecanismos tempranos de disociación y desintegración. Siendo esto una cuestión de grados, tal desintegración, aun cuando por último afecta en gran manera el carácter, no lleva necesariamente a la enfermedad manifiesta. Entre los aspectos de los cambios de carácter que tengo presentes se hallan: el deseo vehemente de poder y prestigio o la necesidad de pacificar a los perseguidores a cualquier costo.

En algunos casos he comprobado que cuando surge la envidia hacia una persona, este sentimiento es activado desde su fuente más temprana. Puesto que estos sentimientos primarios son de naturaleza omnipotente, se reflejan sobre la presente envidia experimentada hacia una figura sustituta. Por lo mismo contribuyen tanto a las emociones despertadas por la envidia como al desaliento y a la culpa. Parece probable que esta activación de la primitiva envidia por una experiencia corriente sea común a todos. Pero tanto su grado e intensidad, como el sentimiento de la destrucción omnipotente, varían con el individuo. Este factor puede ser de gran importancia en el análisis de la envidia y sólo es posible que tenga pleno efecto si consigue alcanzar sus fuentes más profundas.

La frustración y las circunstancias desdichadas sin duda despiertan algo de envidia y odio en cada individuo a lo largo de su vida, pero la fuerza de estas emociones y el modo de enfrentarlas varía de manera considerable. Esta es una de las numerosas razones por las cuales la capacidad de gozar, ligada al sentimiento de gratitud por la bondad recibida, difiere grandemente en las distintas personas.

III

Para esclarecer lo tratado anteriormente creo necesarias algunas referencias sobre mis puntos de vista en lo que respecta al yo temprano. Este existe desde el comienzo de la vida posnatal, aunque en for-

placeres del pasado y el goce de lo que el presente puede dar, se expresa en la serenidad. En las personas de edad avanzada, hace posible la adaptación a la idea de que la juventud no puede ser recuperada y las capacita para experimentar placer e interés con la vida de los jóvenes. Aquello de que los padres reviven sus propias vidas en las de sus hijos y nietos —si esto no es una expresión de una actitud en exceso posesiva y de ambición desviada— ilustra lo que estoy tratando de transmitir. Los que sienten que han tenido participación en la experiencia y placeres de la vida, son mucho más aptos para creer en la continuidad de la vida.³¹ Esta capacidad para la resignación sin amargura excesiva, que no obstante conserva vivo el poder de gozar, tiene su origen en la infancia, dependiendo del grado en que el niño pudo gozar del pecho sin envidiar en forma excesiva su posesión a la madre. Es mi sugerencia que la felicidad experimentada en la infancia y el amor por el objeto bueno que enriquece la personalidad se hallan en el fondo de la capacidad para el goce y la sublimación, haciéndose sentir esto aun en la vejez. Cuando Goethe dijo: “El más feliz de los hombres es el que puede hacer concordar estrictamente el fin de su vida con el comienzo”, yo interpretaría “el comienzo” como la relación temprana feliz con la madre que durante toda la vida mitiga el odio y la ansiedad y aun da apoyo y satisfacción al anciano. Un niño que ha establecido al objeto bueno firmemente, también puede encontrar compensaciones para la pérdida y privaciones de la vida adulta. Todo esto es sentido por la persona envidiosa como algo que nunca puede alcanzar porque jamás podrá ser satisfecha y por eso se reforzará su envidia.

V

Ilustraré ahora algunas de mis conclusiones con material clínico.³² El primer ejemplo está tomado del análisis de una paciente. Había sido alimentada al pecho, pero con todo, las circunstancias no habían sido favorables y estaba convencida de que su niñez y alimentación fueron totalmente insatisfactorias. Sus quejas acerca del pasado se relacionaban con la desesperanza acerca del presente y del futuro. La envidia del pecho nutricio y las dificultades posteriores en las relaciones de objeto ya habían sido extensamente analizadas antes del episodio al que me voy a referir.

³¹ La creencia en la continuidad de la vida tuvo significativa expresión en el comentario de un niño de cinco años cuya madre estaba embarazada. El expresó la esperanza de que el bebé fuese una niña y añadió: “entonces ella tendrá hijos, y sus hijos tendrán hijos, y entonces eso sigue para siempre.”

³² Sé que en el material de los siguientes casos hubieran sido de valor los detalles de la historia, personalidad, edad y circunstancias externas del paciente. Razones de discreción hacen imposible entrar en esos detalles y sólo puedo intentar la ilustración de mis principales temas mediante extractos del material.

En cierta oportunidad la paciente me llamó por teléfono y dijo que no podía venir a tratarse debido a que le dolía un hombro. Al día siguiente me llamó para decirme que aún no estaba bien, pero que esperaba verme el próximo día. Cuando vino estaba sumamente quejosa. Había sido cuidada por su sirvienta, pero nadie más se interesó por ella. Me describió que en un momento dado su dolor aumentó repentinamente, siendo éste acompañado de una sensación de frío extremo. Había sentido una imperiosa necesidad de que alguien viniese inmediatamente y le cubriese el hombro a fin de que entrara en calor, y que se fuese en cuanto esto fuera logrado. En ese instante se le ocurrió que así debió sentir siendo bebé, cuando quería ser cuidada y nadie venía.

Era característico de esta paciente en su actitud hacia los demás —y esto aclaraba sus más tempranas relaciones con el pecho— que deseara ser cuidada, pero al mismo tiempo repeliese el objeto mismo que había de gratificarla. La sospecha con respecto al don recibido junto con su imperiosa necesidad de ser cuidada —que en última instancia significaba un deseo de ser alimentada— expresaban su actitud ambivalente hacia el pecho. Me he referido a bebés cuya respuesta a la frustración es hacer un uso insuficiente de la gratificación que, aunque tardía, podía brindarles la mamada. Podría suponer que aun cuando no renuncian a sus deseos de un pecho gratificador, no logran gozar de él y por lo tanto lo repelen. El caso en discusión ilustra algunas de las razones de esta actitud: sospechada del don que ella deseaba recibir porque el objeto ya estaba dañado por la envidia y el odio, existiendo al mismo tiempo un profundo resentimiento por cada frustración. También tenemos que recordar —y esto puede aplicarse a otros adultos en quienes la envidia es marcada— que muchas experiencias desilusionantes, sin duda debidas en parte a su propia actitud, habían contribuido a su impresión de que el cuidado deseado no sería satisfactorio.

En el curso de esta sesión, la paciente relató un sueño: estaba sentada en una mesa en un restaurante. Sin embargo, nadie vino a servirle. Decidió unirse a una cola y buscar algo para comer. Delante de ella había una mujer que tomó dos o tres pastelitos y se fue con ellos. La paciente también tomó dos o tres pastelitos. De sus asociaciones seleccionó las siguientes: la mujer parecía muy resuelta y su figura recordaba la mía. Hubo una repentina duda acerca del nombre de los pasteles (en realidad *petits-fours*) que en un comienzo pensó eran *petit fru*; esto le hizo recordar *petit frau* y de este modo *Frau Klein*. El núcleo de mi interpretación fue que su queja por las sesiones perdidas se relacionaba con las mamadas insatisfactorias y la infelicidad de su niñez. Los dos pasteles de los “dos o tres”, representaban el pecho del que ella se sentía dos veces despojada al faltar a las sesiones. Eran “dos o tres” porque no había estado segura si podría venir el tercer día. La circunstancia de que la mujer era “resuelta” y que la paciente siguió su ejemplo al tomar los pasteles, apuntaba tan-

to hacia su identificación con el analista como a la proyección de su propia envidia sobre ella. En este sueño existe un aspecto estrechamente relacionado con el contenido del libro. La analista que se fue con los dos o tres *petits-fours* no sólo representaba al pecho que le fue rechazado, sino también al pecho que iba a “alimentarse a sí mismo”. (Unida a otro material, la analista “resuelta” no sólo representaba el pecho sino a una persona con cuyas cualidades, buenas y malas, se identificaba la paciente). Así a la frustración se había sumado la envidia del pecho. Esta envidia había causado un amargo resentimiento, puesto que la madre había sido sentida como egoísta y mezquina, alimentándose y amándose en lugar de hacerlo con su bebé. En la situación analítica yo era sospechosa de haberme divertido durante su ausencia, o haber dado el tiempo a otros pacientes a quienes prefería. La cola a la que ella decidió unirse se refería a otros rivales más favorecidos.

La respuesta al análisis del sueño fue un notable cambio en la situación emocional. La paciente ahora experimentaba un sentimiento de felicidad y gratitud más vivas que en sesiones anteriores. Con lágrimas en los ojos, cosa poco usual en ella, dijo que sentía como si ahora hubiese hecho una comida³³ enteramente satisfactoria. También se le ocurrió que su lactancia y su infancia podrían haber sido más felices de lo que ella había supuesto. Se sentía asimismo, más esperanzada con respecto al futuro y al resultado de su análisis. La paciente había entendido una parte de sí misma con mayor claridad, parte que de ningún modo le era desconocida en otros aspectos. Ella percibía su envidia y sus celos hacia varias personas, pero no había sido capaz de reconocerlo suficientemente en la relación con la analista, porque era demasiado doloroso experimentar que estaba envidiando y dañando tanto a la analista como al éxito del análisis. En esta sesión después de las interpretaciones referidas, su envidia había disminuido; la capacidad para gozar y para la gratitud había pasado a primer plano, siendo capaz de experimentar la sesión como una comida feliz. Esta situación emocional tuvo que ser elaborada una y otra vez, en la transferencia positiva y negativa, hasta que se logró un resultado más estable.

La experiencia de esa comida feliz se produjo al hacerla gradualmente capaz de unir las partes disociadas de su personalidad en relación con la analista y por medio del reconocimiento de cuánta envi-

³³ No sólo en los niños sino también en los adultos puede ocurrir en la situación transferencial una plena revivificación de las emociones sentidas en las más tempranas experiencias de la alimentación. Por ejemplo, una sensación de hambre o sed surge con fuerza durante la sesión y desaparece después de la interpretación sentida como verdaderamente satisfactoria. Uno de los pacientes, agobiado por tales sentimientos, se levantó del diván y colocó sus brazos alrededor de una sección del arco que separaba una parte de mi consultorio. Repetidamente, al fin de tales sesiones, he oído la expresión: “He sido bien alimentado”. El objeto bueno, bajo su forma primitiva como madre que cuida y alimenta al bebé, había sido recuperado.

dia y por lo tanto cuántas sospechas tenía sobre mí, y en primer lugar sobre su madre. Esto estaba ligado con sentimientos de gratitud. En el curso del análisis la envidia disminuyó, haciéndose los sentimientos de gratitud mucho más frecuentes y duraderos.

Mi segundo ejemplo está tomado del análisis de una paciente con fuertes rasgos depresivos y esquizoides. Durante un largo período había sufrido estados depresivos. El análisis siguió su marcha e hizo algún progreso, aunque la paciente expresó una y otra vez sus dudas con respecto al trabajo efectuado. Yo había interpretado los impulsos destructivos contra la analista, los padres y hermanos, y el análisis logró hacerle reconocer fantasías específicas de ataques destructivos contra el cuerpo de su madre. Habitualmente ese reconocimiento era seguido por depresiones de naturaleza controlable.

Fue un hecho notable que durante la primera parte del tratamiento no pudieran ser examinadas la profundidad y severidad de las dificultades de la paciente. Socialmente ella daba la impresión de ser una persona agradable, aunque propensa a la depresión. Sus tendencias reparativas y la actitud servicial hacia sus amistades eran bastante genuinas. Sin embargo, la severidad de su enfermedad se hizo aparente en cierto período, debido en parte al previo trabajo analítico y en parte a algunas experiencias externas. Habíanle ocurrido varias desilusiones; pero fue un éxito inesperado en su carrera profesional el que trajo a un primer plano lo que había estado analizando por algunos años, a saber la intensa rivalidad conmigo y el sentimiento de que en su propio terreno ella pudiera llegar a ser igual, o más bien superior a mí. Ambas llegamos a reconocer la importancia de su envidia destructiva hacia mí; y —como siempre cuando llegamos a estos estratos profundos— parecía que cualquier impulso destructivo allí existente era sentido como omnipotente y por lo tanto irrevocable e irremediable. Hasta entonces yo había analizado sus deseos oral-sádicos en forma extensa, y así fue como también llegamos a la comprensión parcial, por su parte, de los impulsos destructivos hacia su madre y hacia mí. El análisis había tratado asimismo acerca de sus deseos uretral y anal-sádicos, pero a este respecto yo sentía que no había logrado gran progreso y que su comprensión de estos impulsos y fantasías era de naturaleza más bien intelectual. Durante el particular período que ahora quiero discutir, había aparecido material uretral con fuerza renovada.

Pronto se desarrolló un sentimiento de gran exaltación a raíz de su éxito, el que fue anunciado por un sueño que mostró su triunfo sobre mí y, por debajo, la envidia destructiva hacia mí representando a su madre. En el sueño ella estaba en el aire sobre una alfombra mágica que la sostenía por encima de la copa de un árbol. La altura era suficiente como para que pudiera ver, a través de una ventana, el interior de una habitación donde una vaca estaba mascando algo que parecía ser la interminable tira de una frazada. En la misma noche

tuvo también un corto sueño en el que sus calzones estaban mojados.

Las asociaciones a este sueño pusieron en claro que estar por encima de la copa del árbol significaba haberme aventajado, puesto que la vaca me representaba a mí, a quien ella miraba con desprecio. Muy en el comienzo de su análisis ella había tenido un sueño en el que yo estaba representada por una mujer apática parecida a una vaca, mientras que ella era una niña pequeña que pronunciaba con éxito un brillante discurso. En aquel tiempo mis interpretaciones de que había convertido a la analista en una persona despreciable en tanto ella tenía una actuación exitosa a pesar de ser mucho más joven, habían sido aceptadas sólo en parte, aunque ella se daba plenamente cuenta que la niña era ella misma, y la mujer-vaca, la analista. Este sueño llevó gradualmente a un percatamiento más pleno de sus ataques destructivos y envidiosos contra mí y contra su madre. Desde entonces la mujer-vaca que me representaba había sido un rasgo definido en el material, y por eso estaba completamente claro que en el nuevo sueño la vaca, en la habitación que ella miraba, era la analista. Asoció que la interminable tira de frazada representaba un interminable chorro de palabras, ocurriéndosele que éstas eran todas las palabras que yo había dicho en el análisis y que ahora tenía que tragármelas. La tira de frazada significaba un ataque contra la vaguedad e inutilidad de mis interpretaciones. Aquí vemos la total desvalorización del objeto primario, significativamente representado por la vaca, así como también la queja contra la madre que no la había alimentado en forma satisfactoria. El castigo impuesto sobre mí al tener que comer todas mis palabras saca a la luz la profunda desconfianza y todas las dudas que una y otra vez la habían asediado en el curso del análisis. Después de mis interpretaciones se hizo bastante claro que no podía confiar en la maltratada analista, ni en el análisis desvalorizado. La paciente estaba sorprendida y chocada por su actitud hacia mí, actitud que durante largo tiempo, antes del sueño, había rehusado admitir con plenitud. Los calzones mojados en el sueño y sus asociaciones expresaron (entre otros significados) los venenosos ataques uretrales contra la analista, destinados a destruir sus poderes mentales y cambiarla en una mujer-vaca. Poco tiempo después tuvo otro sueño que ilustra este punto particular. Estaba parada en la parte inferior de una escalera, mirando hacia arriba y viendo una pareja joven en la cual algo andaba mal. Arrojó entonces una pelota de lana, que ella misma describió como "magia buena"; sus asociaciones mostraron que la magia mala, y más especialmente el veneno, debían haber causado la necesidad de usar la magia buena después. Las asociaciones con la pareja me permitieron interpretar una situación actual de celos fuertemente negada, llevándonos del presente hacia experiencias anteriores, que por último llegó naturalmente hasta los padres. Los sentimientos destructivos y de envidia hacia la analista y hacia la madre en el pasado, resultaron estar por debajo de los celos y la envidia hacia la pareja del sueño. El hecho de que es-

ta pelota liviana no llegase hasta la pareja implicaba que su reparación no tuvo éxito; y la ansiedad por tal fracaso fue un elemento importante en su depresión.

Este es sólo un extracto del material que sirvió para mostrarle a la paciente, de modo convincente, su venenosa envidia hacia la analista y hacia su objeto primario. Aquí cedió a la depresión, que fue de una profundidad tal como nunca había tenido antes. La causa principal de esta depresión que siguió a su estado de exaltación fue el haberse visto obligada a hacerse cargo de una parte de sí misma completamente disociada, que hasta entonces no había sido capaz de reconocer. Como dije antes, fue muy difícil ayudarla a darse cuenta de su odio y agresividad. Pero cuando llegamos a esa fuente particular de destructividad, le era insoportable verse a la luz de su envidia e ímpetu de dañar y humillar a la analista, quien era sumamente valorada en otra parte de su mente. Ella no parecía ser particularmente jactanciosa o vanidosa, pero por medio de diversos procesos de disociación y defensas maníacas habíase aferrado a una imagen idealizada de sí misma. Como consecuencia de haber comprendido —lo que en esa etapa del análisis ya no podía negar— que se sentía mala y despreciable, la idealización se vino abajo y surgió la desconfianza acerca de sí misma, así como también la culpa por el daño irrevocable causado en el pasado y el presente. Su culpa y depresión se centralizaron sobre sus sentimientos de ingratitud hacia la analista, quien, según ella sabía, la había ayudado y la estaba ayudando y hacia quien ella sentía desprecio y odio y, en último término, por la ingratitud hacia su madre, a la que inconscientemente veía como arruinada y dañada por su envidia e impulsos destructivos.

El análisis de su depresión condujo a una mejoría que después de algunos meses fue seguida de una renovada y profunda depresión. Esto fue causado por el reconocimiento pleno de sus virulentos ataques anal-sádicos contra la analista y en el pasado contra su familia, confirmando su sensación tanto de enfermedad como de maldad. Era ésa la primera vez que ella fue capaz de apreciar cuán fuertemente habían sido disociados los aspectos uretral y anal-sádicos. Cada uno de éstos había involucrado partes importantes de la personalidad e intereses de la paciente. Los pasos hacia la integración que tuvieron lugar después del análisis de la depresión, implicaban recuperar estas partes perdidas, siendo la necesidad de encararlas la causa de su depresión.

El ejemplo siguiente es el de una paciente a quien yo describiría como bastante normal. Con el transcurso del tiempo ella se había vuelto cada vez más consciente de la envidia que experimentaba tanto hacia una hermana mayor como hacia su madre. La envidia de su hermana había sido contrarrestada por un sentimiento de fuerte superioridad intelectual que tenía base real y por la sensación inconsciente de que la hermana era extremadamente neurótica. La envidia

de la madre era contrabalanceada por un sentimiento amoroso muy fuerte y por la apreciación de su bondad.

En el sueño que la paciente relató, se encontraba sola en un vagón del ferrocarril con una mujer de la que sólo podía ver la espalda y que se hallaba inclinada hacia la puerta del compartimiento con gran peligro de caer hacia afuera. La paciente la sostenía fuertemente, tomándola del cinturón con una mano; con la otra escribía una nota que puso en la ventana. En ella decía: en este compartimiento se halla un médico ocupado con un paciente y no debe ser molestado.

De este sueño he seleccionado las asociaciones siguientes: la paciente tenía una acentuada sensación de que la figura a la cual mantenía fuertemente sujeta era una parte loca de sí misma. En el sueño ella estaba convencida de que no debía dejarla caer por la puerta, sino mantenerla en el compartimiento y enfrentarla. El análisis reveló que el compartimiento la representaba a ella misma. Las asociaciones con el cabello, que sólo era visto de atrás, se referían a la hermana mayor. Las asociaciones siguientes la llevaron al reconocimiento de la rivalidad y envidia en relación con aquélla, retrocediendo hasta la época en que la paciente aún era una niña mientras que su hermana ya tenía un festejante. Luego habló de un vestido que usaba su madre y que había admirado y codiciado cuando era pequeña. Este vestido marcaba claramente la forma de los senos, haciéndose más evidente que nunca, aunque nada de esto era enteramente nuevo, que lo que originalmente ella había envidiado y arruinado en su fantasía era el pecho de la madre.

Este reconocimiento intensificó sus sentimientos de culpa, tanto hacia la hermana como hacia la madre, llevándola a una revisión amplia de sus relaciones más tempranas. Así, llegó a una comprensión mucho más compasiva de las deficiencias de su hermana, sintiendo que no la había querido suficientemente. También descubrió que en su temprana infancia la había querido más de lo que recordaba en la actualidad.

Yo interpreté que la paciente sentía que debía mantener sujeta una parte loca, disociada de sí misma, hecho que también estaba ligado a la internalización de la hermana neurótica. Como consecuencia de la interpretación del sueño la paciente, que tenía razones para considerarse como bastante normal, sufrió fuerte sorpresa y conmoción. Este caso ilustra una conclusión que se está haciendo cada vez más familiar, consistente en que aun en personas normales³⁴ existe con frecuencia en forma disociada de otras partes de la personalidad, el remanente de sentimientos y mecanismos paranoides y esquizoides.

La sensación de la paciente de que debía mantener un dominio

³⁴ *La interpretación de los sueños*, de Freud, muestra claramente que algo de este residuo de locura encuentra expresión en los sueños y que por lo tanto éstos son una muy valiosa salvaguardia de la salud mental.

firme sobre aquella figura, implicaba que también debía haber ayudado más a su hermana o, por así decirlo, haberle impedido caerse; este sentimiento fue ahora revivido en conexión con aquélla como objeto internalizado. La revisión de sus relaciones más tempranas estaba ligada a cambios en los sentimientos hacia sus objetos primarios introyectados. El hecho de que su hermana representara también la parte loca de sí misma resultó ser una proyección parcial de sus propios sentimientos paranoides y esquizoides sobre esta última. Fue con este percatamiento que disminuyó la disociación de su yo.

Ahora deseo referirme a un paciente y relatar un sueño que tuvo el fuerte efecto de hacerle reconocer no sólo los impulsos destructivos hacia la analista y hacia su madre, sino también la envidia como factor específico en su relación con ellas. Hasta entonces y con grandes sentimientos de culpa, había reconocido en cierta medida sus impulsos destructivos, pero aún no se daba cuenta de la envidia y hostilidad dirigidas contra la facultad creadora de la analista y contra su madre en el pasado. Sin embargo, reconocía que tenía envidia a otras personas y que unidos a una buena relación con su padre, existían asimismo celos y rivalidad. El siguiente sueño lo ayudó a percatarse de su envidia hacia la analista y aclaró sus tempranos deseos de poseer todos los atributos femeninos de su madre.

En el sueño el paciente, que había estado pescando, preguntábase si debía matar al pez que pensaba comer; por fin decidió colocarlo en un canasto y dejarlo morir. El canasto en que lo llevaba era como el que usan las lavanderas. Repentinamente el pez se convirtió en un hermoso bebé que tenía algo verde en su ropa. Entonces notó —y en ese momento se quedó muy preocupado— que los intestinos del bebé sobresalían porque había sido herido por el anzuelo que había tragado en su estado de pez. Asoció lo verde a la tapa de los libros de la International Psycho-Analytical Library, comentando que el pez en el canasto representaba uno de mis libros, que evidentemente me había robado. Otras asociaciones mostraron sin embargo que el pez no sólo era mi trabajo y mi hijo, sino también me representaba a mí. Tragarme el anzuelo, que significaba haberme tragado la carnada, expresaba su sentimiento de que yo había pensado de él mejor de lo que se merecía; que no me había dado cuenta de que también existían partes muy destructivas de él mismo que operaban contra mí. Aunque aún no podía admitir plenamente que la manera de tratar al pez, al niño y a mí misma, significaba destruirme a mí y a mi trabajo por envidia, inconscientemente sin embargo lo comprendía. También interpreté que el canasto de la lavandera expresaba su deseo de ser mujer, de tener niños y despojar a su madre de éstos. El efecto de este paso en la integración fue un comienzo de fuerte depresión debido a que tuvo que enfrentar los componentes agresivos de su personalidad. Aun cuando esto había sido anunciado en la primera parte de su análisis, ahora lo experimentó como una conmoción y con horror de sí mismo.

La noche siguiente el paciente soñó con un lucio, al que asoció ballenas y tiburones, pero en el sueño no sintió que el lucio fuese un animal peligroso. Era viejo y parecía estar cansado y muy gastado. Sobre él se hallaba una rémora, sugiriendo inmediatamente el paciente que la rémora no chupa al lucio o a la ballena, sino que se adhiere a su superficie, protegiéndose así de los ataques de otros peces. El paciente reconoció que esta explicación era una defensa contra el sentimiento de que él era la rémora y yo el lucio viejo y gastado y me hallaba en ese estado por haber sido tan maltratada en el sueño de la noche anterior y porque él sentía que yo había sido chupada hasta quedar seca. Esto no sólo me había convertido en un objeto dañado, sino también peligroso. En otras palabras, habían surgido tanto las ansiedades persecutorias como las depresivas; el lucio asociado a las ballenas y tiburones mostraba los aspectos persecutorios, mientras que su apariencia vieja y gastada expresaba sensación de culpa por el daño que me había estado haciendo y que aún me hacía.

La fuerte depresión que siguió a este reconocimiento duró varias semanas en forma más o menos ininterrumpida, pero no interfirió en el trabajo ni en la vida familiar del paciente. Describió esta depresión como diferente y más profunda que cualquier otra experimentada antes. El impulso hacia la reparación, expresado en el trabajo físico y mental, se incrementó por la depresión y preparó el camino para su superación. El resultado de esta fase sobre su análisis fue muy notable. Aun cuando la depresión cedió después de haber sido elaborada, el paciente estaba convencido de que ya nunca se vería del modo como lo había hecho antes. Con todo, esto no implicaba una sensación de desánimo, sino un mayor conocimiento de sí mismo y una mayor tolerancia con respecto a otras personas. Lo que el análisis logró fue un paso importante en la integración, ligado al hecho de que el paciente fuese capaz de enfrentar su realidad psíquica. No obstante, en el curso de su análisis había épocas en que esta actitud no podía ser mantenida. Es decir que, como en todos los casos, la elaboración fue un proceso gradual.

Aunque su previa observación y juicio acerca de las personas había sido bastante normal, hubo una definida mejoría como resultado de este período de su tratamiento. Otra consecuencia fue que los recuerdos de la infancia y de su actitud hacia los hermanos surgieron con mayor fuerza y lo llevaron hasta la temprana relación con la madre. Durante el estado de depresión a que me he referido, se dio cuenta de que había perdido en gran parte el placer e interés por el análisis. Pero éstos fueron recuperados por completo al ceder la depresión. En seguida trajo un sueño en el que distinguía un leve menosprecio por la analista, pero que en el análisis resultó expresar una fuerte desvalorización. En el sueño trataba con un niño delincuente, pero no estaba satisfecho del modo como había manejado la situación. El padre del niño se ofreció a llevar al paciente en automóvil a su destino, notando él que lo llevaban más y más lejos del lugar

donde deseaba ir. Después de un tiempo agradeció al padre y bajó del coche; pero no estaba perdido, porque como de costumbre conservaba un sentido general de la orientación. Al pasar miró un edificio un tanto raro que se le ocurrió interesante y apropiado para una exposición, pero en el que no sería agradable vivir. Sus asociaciones con él estaban ligadas con algún aspecto de mi apariencia. Luego dijo que ese edificio tenía dos alas y recordó la expresión "tener a alguien bajo el ala". Reconoció que el niño delincuente por el cual se había interesado, lo representaba a él mismo, mostrando la continuación del sueño la razón por la cual era delincuente: cuando el padre, que representaba a la analista, lo llevaba más y más lejos de su destino, expresaba las dudas que utilizaba parcialmente a fin de desvalorizarme, preguntándome si yo lo llevaba en la buena dirección, si era necesario adentrarse tanto o si yo le estaba haciendo daño. Cuando se refirió a que guardaba un sentido de la dirección y no se sentía perdido, esto implicaba lo contrario de las acusaciones contra el padre (la analista) del niño: sabía que el análisis era muy valioso para él y que era su envidia hacia mí lo que incrementaba sus dudas.

Asimismo comprendió que el edificio interesante, en el que no le hubiera gustado vivir, representaba a la analista. Por otra parte, sentía que al analizarla yo lo había tomado bajo mi ala y lo estaba protegiendo de sus conflictos y ansiedades. En el sueño las dudas y acusaciones contra mí eran usadas como una desvalorización y no sólo se relacionaban con la envidia sino también con el desaliento por la envidia y los sentimientos de culpa por su ingratitud.

Hubo otra interpretación de este sueño, confirmada sobre la base de otros posteriores, fundada en el hecho de que en la sesión analítica yo a menudo representaba al padre, cambiándome rápidamente en madre y a veces representando a ambos padres simultáneamente. Esta interpretación era que la acusación contra el padre, por llevarlo en la mala dirección, se enlazaba con su temprana atracción homosexual hacia él. Durante el análisis se demostró que esta atracción estaba unida a intensos sentimientos de culpa, porque pude mostrar al paciente que la fuerte disociación de la envidia y odio contra su madre y su pecho habían contribuido a su vuelco hacia el padre, y que sus deseos homosexuales eran sentidos como una alianza hostil contra la madre. La acusación de que el padre lo llevó en mala dirección se unía al sentimiento general —que encontramos con tanta frecuencia en los pacientes— de que él había sido seducido por su padre y llevado en esta forma a la homosexualidad. Aquí tenemos la proyección sobre el padre de los propios deseos del individuo.

El análisis de su sensación de culpa tuvo varios efectos. En primer término experimentó un amor más profundo hacia sus padres. También se dio cuenta —y estos dos hechos están estrechamente ligados— de que había existido un elemento compulsivo en su necesidad de reparar. La identificación excesivamente fuerte con el objeto da-

ñado en la fantasía —originalmente la madre— había perjudicado su capacidad para gozar plenamente y con esto, en cierta medida, empobrecido su vida. Se pudo ver entonces que aun en su más temprana relación con su madre, aunque no existía razón para dudar de que hubiera sido feliz durante la lactancia, no había podido gozarla completamente, debido a su temor de agotar o despojar el pecho. Por otra parte, la interferencia con su satisfacción daba motivos de queja y aumentaba sus sentimientos persecutorios. Esto es un ejemplo del proceso descrito anteriormente, en el que la culpa —en particular la culpa por la envidia destructiva de la madre y del analista— es propensa a tornarse en persecución en los estadios tempranos del desarrollo. A través del análisis de la envidia primaria y de la correspondiente disminución de la ansiedad depresiva y persecutoria, aumentó su capacidad para gozar y sentir gratitud en un plano más profundo.

Mencionaré ahora otro caso de un paciente en el que la tendencia a la depresión se hallaba también acompañada de una necesidad compulsiva de reparar. Su ambición, rivalidad y envidia, que coexistían con muchos buenos rasgos de carácter, habían sido analizadas gradualmente. Sin embargo, fueron necesarios varios años³⁵ para que el paciente experimentase en forma plena la envidia del pecho y su facultad creadora y el deseo de arruinarlo, el cual estaba muy disociado. Al comenzar su análisis tuvo un sueño que describió como "ridículo": hallábase fumando una pipa llena de hojas que habían sido arrancadas de uno de mis libros. Primero expresó gran sorpresa acerca de esto porque "uno no fuma papeles impresos". Interpreté que eso sólo era un aspecto menor del sueño; el significado principal era que él había roto mi trabajo y lo estaba destruyendo. También señalé que la destrucción de mis trabajos era de naturaleza anal-sádica, que estaba implicada en el hecho de fumarlos. El había negado estos ataques agresivos, puesto que junto con la fuerza de sus procesos de disociación, poseía gran capacidad para negar. Otro aspecto de este sueño era que los sentimientos de persecución surgieron en conexión con el análisis. Las interpretaciones previas lo habían ofendido y fueron vividas como algo que él tenía que "poner en su pipa y fumar". El análisis de este sueño ayudó al paciente a reconocer sus impulsos destructivos contra la analista y también que habían sido estimulados por una situación de celos surgida el día anterior. Esta se centraba en la impresión de que yo valoraba a otro más que a él. Pero tal reconocimiento no llevó a una comprensión de su envidia hacia

³⁵ La experiencia me mostró que cuando el analista está plenamente convencido acerca de la importancia de un nuevo aspecto de la vida emocional, se hace capaz de interpretarlo más tempranamente en el análisis. Así, al darle énfasis suficiente cada vez que el material lo permite, puede llevar al paciente a la realización de tales procesos mucho antes, acrecentando de esa manera la efectividad del análisis.

la analista, aunque le fue interpretado. Sin embargo, no caben dudas de que esto preparó el terreno para el material en que los impulsos destructivos y la envidia se hicieron gradualmente más claros.

La culminación fue alcanzada en un período posterior del análisis, cuando todos estos sentimientos en relación con la analista llegaron al paciente con toda su fuerza. Entonces relató un sueño que describió otra vez como "ridículo": se estaba desplazando a gran velocidad, como si estuviera en un automóvil. Estaba de pie sobre un artefacto semicircular, hecho con alambre o algún "material atómico". Tal como lo expresó, "esto lo mantenía andando". De pronto notó que el objeto sobre el cual se encontraba parado se hacía pedazos y esto lo angustió. Al objeto semicircular asoció el pecho y la erección del pene, implicando su potencia. Este sueño incluía su sentimiento de culpa por no hacer uso correcto del análisis y sus impulsos destructivos hacia mí. En la depresión, sentía que yo no podría ser preservada, existiendo conexiones con ansiedades similares, en parte conscientes, que dependían de no haber sido capaz de proteger a su madre durante la ausencia de su padre, durante la guerra y en otras situaciones posteriores. Por entonces sus sentimientos de culpa en relación con su madre y conmigo habían sido analizados en forma extensa. Pero últimamente sentía en forma más clara que era su envidia lo que me destruía. Sus sentimientos de culpa y su desdicha eran tanto mayores ya que en una parte de su mente estaba agradecido a su analista. La frase "esto me mantenía andando" implicaba cuán esencial resultaba su análisis para él, ya que representaba una precondición de su potencia en el sentido más amplio, es decir, del éxito en todas sus aspiraciones.

La revelación de su envidia y odio hacia mí se produjo en forma de conmoción y fue seguida de una fuerte depresión y sensación de indignidad. Creo que este tipo de conmoción, que he descrito en varios casos anteriores, es consecuencia de un paso importante hacia la curación de la disociación entre partes de la personalidad, estableciéndose así un período de progreso en la integración del yo.

En una sesión, después del segundo sueño, llegó a una comprensión aun más completa de su ambición y envidia. Agregó que conocía sus limitaciones y según lo expresó, no esperaba cubrir de gloria a su profesión ni a sí mismo. En ese momento, todavía bajo la influencia de aquel sueño, comprendió que su modo de expresarlo mostraba la fuerza de su ambición y su envidia en la comparación conmigo. Después de un estado inicial de sorpresa, este reconocimiento culminó en plena convicción.

VI

He descrito a menudo mi punto de vista sobre la ansiedad como el nódulo de mi técnica. Sin embargo, las ansiedades desde su ini-

ciación no pueden ser halladas sin sus respectivas defensas. Como ya lo he señalado anteriormente, la primordial función del yo es la de enfrentar la ansiedad. Hasta creo probable que la ansiedad primordial, engendrada por la amenaza del instinto de muerte dentro del organismo, pudiera ser la explicación de por qué el yo es puesto en actividad desde el momento del nacimiento. El yo se protege constantemente contra el dolor y la tensión que la ansiedad despierta, y por lo tanto emplea defensas desde el comienzo de la vida posnatal. Durante muchos años he sostenido que la mayor o menor capacidad del yo para soportar la ansiedad es un factor constitucional que influye fuertemente en el desarrollo de las defensas. Si su capacidad para hacer frente a la ansiedad es inadecuada el yo puede volver regresivamente a defensas apropiadas a su estadio. Como resultado, la ansiedad persecutoria y los métodos para luchar contra ella pueden ser tan fuertes que menoscaban la posterior elaboración de la posición depresiva. Algunos casos, particularmente los de tipo psicótico, nos enfrentan desde el principio con defensas de una naturaleza aparentemente tan impenetrable, que por algún tiempo pueden parecer imposibles de analizar.

A continuación enumeraré algunas de las defensas contra la envidia que he hallado en el curso de mi trabajo. Algunas de las más tempranas que fueron frecuentemente descritas con anterioridad, tales como la omnipotencia, la negación y la disociación, son reforzadas por la envidia. En una sección previa he sugerido que la *idealización* no sólo sirve como defensa contra la persecución, sino también contra la envidia. En los pequeños, si la disociación normal entre el objeto bueno y el malo no se logra inicialmente, este fracaso, ligado a la envidia excesiva, trae a menudo como resultado la disociación entre un objeto primario omnipotentemente idealizado y otro muy malo. La gran exaltación del objeto y de sus dotes es un intento de disminuir la envidia. Sin embargo, si la envidia es muy fuerte, es probable que tarde o temprano se vuelva contra el objeto idealizado primario y las otras personas que en el curso del desarrollo irán a representarlo.

Según sugerí antes, cuando no tiene éxito la fundamental y normal disociación del amor y el odio, del objeto bueno y el malo, puede surgir³⁶ la *confusión* entre uno y otro objeto. Creo que ésta es la base de cualquier confusión, ya sea en los estados confusionales severos o en formas más leves como la indecisión, es decir una dificultad en llegar a conclusiones y trastornos de la capacidad para pensar claramente. Pero la confusión también es empleada en forma defensiva y esto puede ser observado en los distintos planos del desarrollo. Confundiéndose con respecto a si el sustituto de la figura original es bueno o malo, se contrarresta hasta cierto punto la persecución, así

³⁶ Véase Rosenfeld, "Nota sobre la psicopatología de los estados confusionales en esquizofrenias crónicas" (1950).

como la culpa por haber arruinado y atacado al objeto primario por medio de la envidia. La lucha contra la envidia toma otro carácter cuando, junto con la posición depresiva, se instalan distintos sentimientos de culpa. Aun en personas en quienes la envidia no es excesiva, la preocupación por el objeto, la identificación con él y el temor de perderlo y del daño hecho contra su facultad creadora, son factores importantes en la dificultad para elaborar la posición depresiva.

La "huida del lado de la madre hacia otras personas" que son admiradas e idealizadas a fin de evitar los sentimientos hostiles hacia ese objeto más importante y envidiado (y por lo tanto odiado), el pecho, se convierte así en un medio para preservarlo —lo cual también significa preservar a la madre—. ³⁷ Con frecuencia he señalado que tiene gran importancia el modo como se lleva a cabo la desviación del primer objeto hacia el segundo, o sea el padre. Si predominan la envidia y el odio, estas emociones son en cierta medida transferidas al padre o a los hermanos y luego a otras personas, fallando así el mecanismo de huida.

Al alejamiento del objeto primario está ligada la dispersión de los sentimientos que estaban dirigidos hacia él, lo cual podría llevar a la promiscuidad en un periodo posterior del desarrollo. La ampliación de las relaciones de objeto es un proceso normal en la infancia. En la medida en que la relación con objetos nuevos es en parte un sustituto del amor hacia la madre y no especialmente una huida del odio hacia ella, los objetos nuevos son útiles y al mismo tiempo una compensación de los inevitables sentimientos de pérdida del único objeto primario; pérdida ésta que surge con la posición depresiva. El amor y la gratitud son preservados en grado variable en la nueva relación, aunque en cierta extensión estos sentimientos están separados de aquellos que están dirigidos hacia la madre. Sin embargo, si la dispersión de las emociones es principalmente empleada como una defensa contra la envidia y el odio, no existe base para mantener relaciones estables de objeto, pues se hallan influidas por la persistente hostilidad hacia el objeto primitivo.

La defensa contra la envidia a menudo toma la forma de *desvalorización del objeto*. He sugerido que arruinar y desvalorizar se hallan en la esencia de la envidia. El objeto que ha sido desvalorizado ya no necesita ser envidiado. Esto pronto se aplica al objeto idealizado que es desvalorizado y por lo tanto deja de ser ideal. La rapidez con que esta idealización se destruye depende de la fuerza de la envidia. Pero la desvalorización y la ingratitud son el recurso usado como defensa contra la envidia en cada etapa del desarrollo; en algunas personas éstas permanecen como características de sus relaciones de objeto. Ya me he referido a los pacientes que en la situación transferencial critican una interpretación aun después de haberles sido decidida-

³⁷ Véase "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952c).

mente útil, hasta que al fin nada bueno queda de ella. Sirva como ejemplo un paciente que durante una sesión analítica había llegado a una solución satisfactoria de un problema externo y que inició la siguiente, diciendo que se sentía muy fastidiado conmigo; yo le había despertado gran angustia el día anterior al hacerle enfrentar ese problema particular. Además agregó que se sentía acusado y desvalorizado por mí porque la solución no se le había ocurrido hasta que el problema fue analizado. Sólo después de reflexionar reconoció que el análisis había resultado realmente útil.

Una defensa particular de tipo más depresivo es la *desvalorización de la propia persona*. Ciertas personas pueden ser incapaces de desarrollar sus propias dotes y emplearlas de modo satisfactorio. En otros casos esta actitud sólo emerge en ciertas oportunidades, siempre y cuando exista el peligro de rivalizar con una figura importante. Al desvalorizar sus propias dotes niegan la envidia y al mismo tiempo se castigan por ella. Sin embargo, se puede comprobar en el análisis que la desvalorización de la propia persona despierta nuevamente envidia frente al analista, quien es percibido como superior, sobre todo porque el paciente se ha desvirtuado tanto. Privarse del éxito tiene evidentemente muchas causas determinantes, lo cual también se aplica a todas las actitudes a que me he referido. ³⁸ Con todo, he hallado que una de las causas más profundas de esta defensa es la culpa y la desdicha por no haber sido capaz de preservar al objeto bueno, debido a la envidia. Las personas que han establecido su objeto bueno en forma algo precaria, sufren la ansiedad de que éste pueda ser arruinado y perdido como consecuencia de la competencia y envidia; de ahí que eviten el éxito y la competencia.

Otra defensa contra la envidia es la que se relaciona con la voracidad. Internalizando el pecho en forma muy voraz de modo que en la mente del niño quede por entero como su posesión y sujeto al control, éste siente que será suyo todo lo bueno que atribuye al pecho. Esto es empleado para contrarrestar la envidia. La misma voracidad con que es llevada a cabo esta internalización contiene en sí el germen del fracaso. Como dije anteriormente, un objeto bueno que se halla bien consolidado y por lo tanto asimilado, no sólo ama al sujeto, sino que es amado por éste. Creo que esto es característico de la relación con un objeto bueno, lo cual no se aplica, o sólo lo es en menor grado, a un objeto idealizado. A través del violento deseo de posesión, el objeto bueno se transforma en un perseguidor destruido, con lo que no se evitan suficientemente las consecuencias de la envidia. Sucede todo lo contrario cuando existe tolerancia hacia la persona amada; dicha tolerancia es también proyectada sobre otras, quienes se convierten así en figuras benévolas.

Despertar la envidia en otros es un método frecuente de defensa;

³⁸ Véase Freud, "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico", OC, 14.

por medio del éxito, de los propios bienes y de la buena suerte, se invierte la situación en que es experimentada la envidia. Su ineficacia como método deriva de la ansiedad persecutoria que ocasiona. Las personas envidiosas y en particular el objeto interno envidioso, son percibidos como los peores perseguidores. Otra razón por la cual esta defensa es precaria proviene en último término de la posición depresiva. El deseo de provocar envidia en otras personas y particularmente en las amadas, y triunfar, crea culpa y miedo de dañarlas. La ansiedad despertada perjudica el goce de los propios bienes e incrementa nuevamente la envidia.

Existe otra defensa que es bastante común, la de *sofocar los sentimientos de amor con la correspondiente intensificación del odio*, porque esto es menos doloroso que soportar la culpa producida por la combinación de amor, odio y envidia. Esto puede no expresarse como odio, sino que toma caracteres de indiferencia. Una defensa aliada a ésta es la de apartarse del contacto con las personas. La necesidad de independencia, que como sabemos es un fenómeno normal en el desarrollo, puede reforzarse a fin de evitar la gratitud o la culpa por la ingratitud y la envidia. En el análisis hallamos que inconscientemente esta independencia es en realidad completamente falsa, ya que el individuo permanece dependiendo de su objeto interno.

Cuando las partes disociadas de la personalidad, incluyendo a las más envidiosas y destructivas, se juntan, se producen progresos en la integración. Existe un método particular de enfrentarse con esta situación, que fue descrito por Herbert Rosenfeld (1955). Este señaló que el *acting out* es empleado a fin de mantener la disociación. Según mi punto de vista, la "actuación", en la medida en que es usada para evitar la integración, se convierte en una defensa contra las ansiedades despertadas por la aceptación de la parte envidiosa de la personalidad.

No he alcanzado a describir todas las defensas contra la envidia porque su variedad es infinita. Están íntimamente entrelazadas con las defensas contra los impulsos destructivos y la ansiedad persecutoria y depresiva, dependiendo su éxito de muchos factores externos e internos. Como se ha dicho, cuando la envidia es fuerte y por ello capaz de reaparecer en toda relación de objeto, las defensas contra ella parecen ser precarias. Las defensas contra los impulsos destructivos no dominados por la envidia parecen ser mucho más efectivas, aunque pueden implicar inhibiciones y limitaciones de la personalidad.

Cuando predominan los rasgos esquizoides y paranoides, las defensas contra la envidia no pueden tener éxito, puesto que los ataques sobre el sujeto lo llevan a una sensación de aumento de la persecución que sólo puede ser manejada por renovados ataques, es decir, por un refuerzo de los impulsos destructivos. De este modo se establece un círculo vicioso que menoscaba la capacidad de contrarrestar la envidia. Esto se aplica particularmente a los casos de esquizofrenia

y explica hasta cierto punto las dificultades para lograr su curación.³⁹

El resultado es más favorable cuando existe en cierta medida una relación con un objeto bueno, pues esto también significa que la posición depresiva ha sido parcialmente elaborada. Las experiencias de depresión y culpa implican el deseo de evitar daño al objeto amado y restringir la envidia.

Las defensas que he enumerado y además muchas otras, forman parte de la reacción terapéutica negativa porque son un poderoso obstáculo a la capacidad de admitir lo que el analista tiene que dar. Me he referido antes a algunas de las formas que toma la envidia hacia el analista. Cuando el paciente es capaz de experimentar gratitud —y esto significa que en tales momentos es menos envidioso— se encuentra en condiciones más favorables para beneficiarse con el análisis y consolidar lo que ya ha logrado. En otras palabras, cuanto más predominan los rasgos depresivos sobre los esquizoides y paranoides, tanto mayores son las perspectivas de cura.

El impulso de reparación y la necesidad de ayudar al objeto envidiado también son medios muy importantes para contrarrestar la envidia. En último término esto involucra contrarrestar los impulsos destructivos mediante la movilización de sentimientos de amor.

Puesto que en varias oportunidades me he referido a la confusión, puede ser útil resumir ahora algunos estados de confusión importantes que surgen normalmente en diferentes períodos del desarrollo, así como en relación con otras situaciones. He señalado a menudo⁴⁰ que los deseos libidinales y agresivos uretrales y anales (y aun los genitales) operan desde el comienzo de la vida posnatal —aunque bajo el dominio de los orales—, y que después de algunos meses la relación con los objetos parciales se extiende a la relación con la persona total.

Ya he discutido aquellos factores —en particular los fuertes rasgos esquizo-paranoides y la envidia excesiva— que desde el comienzo tornan borrosa la distinción y malogran el éxito de la disociación entre el pecho bueno y malo; así se ve reforzada la confusión en el bebé. Creo que en el análisis de nuestros pacientes es esencial seguir el rastro de todos los estados de confusión, aun los más severos de la esquizofrenia, hasta esa temprana incapacidad de distinguir entre el objeto primario bueno y malo, aunque también debe ser tenido en cuenta su empleo defensivo contra la envidia y los impulsos destructivos.

Ya han sido mencionadas algunas consecuencias de esta temprana dificultad, tales como el comienzo prematuro de la culpa, la inca-

³⁹ Algunos de mis colegas que analizan casos de esquizofrenia me han dicho que el énfasis que ellos ponen ahora en la envidia, como un factor que arruina y destruye, es de gran importancia tanto para la comprensión como para el tratamiento de sus pacientes.

⁴⁰ Véase *El psicoanálisis de niños*, cap. 8.

pacidad del niño de experimentar la culpa y la persecución en forma separada y el incremento que resulta de la ansiedad persecutoria. También he llamado la atención sobre la importancia de la confusión con respecto a los padres, resultante de una intensificación de la figura combinada de los padres debida a la envidia. He asociado el comienzo temprano de la genitalidad con la huida de la oralidad, hecho que incrementa la confusión entre las tendencias y fantasías orales, anales y genitales.

Otros factores que contribuyen muy tempranamente a la confusión y estados de perplejidad son la identificación proyectiva y la introyectiva, porque temporariamente pueden tener el efecto de volver borrosa la distinción entre el individuo y los objetos entre el mundo externo y el interno. Tal confusión interfiere en la comprensión y percepción realista del mundo externo. La desconfianza y el miedo de admitir "alimento mental" se refiere a la pasada desconfianza de lo que ofreció el pecho envidiado y dañado. Si primariamente el alimento bueno es confundido con el malo, posteriormente queda menoscabada la capacidad para pensar con claridad y desarrollar normas de valores. Todos estos trastornos, que según mi punto de vista se hallan también ligados a la defensa contra la ansiedad y que han sido despertados por el odio y la envidia, se expresan en inhibición del aprendizaje y el desarrollo intelectual. Aquí dejo fuera de consideración varios otros factores que contribuyen a producir tales dificultades.

Los estados de confusión que he resumido brevemente y en los cuales incide el intenso conflicto entre las tendencias destructivas (odio) y las integrativas (amor) son hasta cierto punto normales. Es con la integración creciente y por medio de la elaboración exitosa de la posición depresiva —que incluye una mayor clarificación de la realidad interna— que la percepción del mundo externo se hace más real; resultado que normalmente se halla en marcha durante la segunda mitad del primer año y en el comienzo del segundo.⁴¹ Estos cambios están esencialmente unidos a una disminución en la identificación proyectiva, que forma parte de los mecanismos y ansiedades esquizo-paranoides.

VII

Intentaré ahora una descripción somera de las dificultades que se oponen al progreso de un análisis. Sólo después de un trabajo largo y cuidadoso es posible capacitar al paciente para que encare la envidia y odio primarios. Aunque los sentimientos de competencia y envidia

⁴¹ He sugerido (véanse mis artículos de 1952) que en el segundo año de vida los mecanismos obsesivos se ponen en primer plano y la organización del yo ocurre bajo el dominio de fantasías e impulsos anales.